

DENTRO de unos días, el 4 de diciembre, el canciller alemán Helmut Schmidt tendrá que explicar en Bruselas las ventajas de su proyecto de Sistema Monetario Europeo (SME). Seguramente, el primer ministro de la República Federal y el Presidente Giscard hablarán de la Europa Unida, pero es poco probable que traten de las consecuencias políticas: las mayores posibilidades de control sobre los países "enfermos" del Sur de Europa, los "contaminados" por la gran marea del comunismo.

El canciller Schmidt lo dejó claro en Bremen, el 7 de julio pasado. Europa, según él, tiene que dar un paso más en su unidad: necesita un Sistema y un Fondo Monetario Europeo. Schmidt no es brillante, no adorna sus discursos con ningún tipo de literatura gratuita; dice sólo lo que quiere decir. Pero en el caso que comentamos, todo el mundo entendió mucho más: la dependencia del dólar y sus periódicos altibajos causa graves males a la economía comunitaria. Había que desvincularse. Después había una segunda interpretación: quien más sufría con la dependencia del dólar y la servidumbre a los viejos acuerdos de Bretton Woods era Alemania Federal, que encima experimentaba la influencia negativa de un marco en alza.

El eje Bonn-París

Desde luego, Schmidt, al que llaman "Schnautze", algo así como el "cañudo", no gastó palabras de más, pero se le veía ansioso de llevar adelante su proyecto. Junto a su angustia por los avatares del comercio exterior de su país, había una intención muy alemana: el definitivo liderazgo de la Europa comunitaria.

Dicen, sin embargo, que el proyecto del Sistema Monetario Europeo no nació en Bremen, sino que ya se decidió en una conversación —o, mejor, en un "tête-à-tête"— que había tenido lugar, con anterioridad, entre Schmidt y Giscard d'Estaing, en la ciudad de Aix-la-Chapelle, sobre la que el Presidente francés dijo que "el espíritu de Carlomagno había pasado sobre ella". Fue en esta reunión carolingia donde se tomó la decisión del SME.

¿Qué ventajas obtenía Giscard con el proyecto? Por un lado, compartir con Schmidt la gran directriz de Europa Occidental; pero, por otro, y ya en su papel de subgendarme de los Estados Unidos para África y Europa del Sur, la posibilidad de un control más directo sobre las economías —y, por supuesto, las políticas— de los países "contaminados" por el comunismo, empezando por el suyo pro-



El proyecto del SME no nació, al parecer, en Bremen, sino que ya estaría decidido desde un anterior tête-à-tête entre Schmidt y Giscard.

Sistema Monetario Europeo UN "GENDARME" PARA LOS POBRES

RAMIRO CRISTOBAL

pio. Asunto que, por cierto, no es desagradable al canciller alemán, el cual manifestó, en cierta ocasión, que si Italia llegaba a ser gobernada por los comunistas, debería "ser totalmente abandonada a sí misma".

El recurso del Plan Marshall

Un hecho a considerar. A principio del verano pasado, el grupo conservador del Parlamento Europeo proponía un "Plan Marshall" para las áreas más pobres del Mercado Común, junto con los tres aspirantes, España, Grecia y Portugal. Su finalidad es la misma del auténtico Plan Marshall: alentar el crecimiento económico como medio de combinar las

ideologías de izquierdas y crear áreas de consumidores en potencia.

Las áreas deprimidas de los países comunitarios preocupan en Washington y en la Europa desarrollada. Se teme el tener que enfrentarse, en un día no muy lejano, con algún país donde la izquierda haya conseguido el poder por medios democráticos.

Los Estados Unidos, especialmente, están en un auténtico dilema. Por un lado, dar luz verde a Alemania Federal y a su proyecto de Sistema Monetario Europeo, es conceder parte de su poder político a un peligroso competidor, pero es, también, asegurar un fiel aliado anticomunista. Se verían en una situación similar a la que trajo la ayuda económica del Plan

Marshall a los grupos capitalistas europeos. En pocos años, el neocapitalismo y el consumo habían erosionado seriamente a las doctrinas de izquierda, pero los Estados Unidos se dieron de manos a boca con el peor competidor comercial que hubieran podido desear.

Además, si hay alguien a quien el Presidente Carter no ve con buenos ojos es al canciller Schmidt, hombre al que se considera muy ligado al ex secretario americano Henry Kissinger, hoy, precisamente, uno de los más feroces críticos de la política Carter. Pocos días después de la reunión de Bremen, Schmidt volvió a exponer en Bonn sus proyectos monetarios ante los principales técnicos y políticos del mundo occidental. Carter, en primera fila, escuchaba gravemente. Se dice que salió muy preocupado y no hizo comentarios.

Los disidentes

Claro es que, en otros aspectos, no todo son caminos de rosas. Inglaterra, por ejemplo, se niega a saber nada del plan, al menos mientras estén los laboristas en el poder. Ya es bien sabido que hubo muchas reticencias en el ala izquierda del laborismo cuando se planteó la entrada en el Mercado Común, y Callaghan, que tiene serios problemas con sus propios sindicatos, ha tenido que dar la razón a los que se niegan a meterse gratuitamente en la órbita alemana. De momento, pues, la respuesta de Gran Bretaña es negativa.

También en Italia hay reticencias, a pesar de las jornadas de diálogo que tuvieron lugar en Siena entre Schmidt y Andreotti, el 1 de noviembre. La respuesta italiana no ha sido tan clara como la inglesa, pero, en todo caso, parecen preferir la continuidad en la serpiente europea, porque para Italia significaría una doble dependencia monetaria: dentro de la Comunidad, con respecto a Alemania, y fuera, con respecto a los Estados Unidos.

Es en este laberinto de obligaciones e intereses creados en el que se va a llevar a cabo uno de los experimentos más difíciles y conflictivos de la posguerra. Si todo va bien, para principio de año empezará a regir el SME para la Comunidad Europea y la Santa Alianza del Capital habrá dado otro paso. Sólo que cuando los aprendices de brujo que son Giscard y Schmidt traten de controlar su hechizo, a lo mejor es imposible. Y entonces será cuestión de preguntarse si les mereció la pena. ■